

EDUCACIÓN

N^{OS.} 109 - 110

ÓRGANO DE LA AIVEDE

Asociación de Inspectores y Visitadores de
Escuelas y Directores Técnicos Especiales

DICIEMBRE

1 9 4 2

E N E R O

1 9 4 3

SAN JOSÉ, COSTA RICA

Imprenta Española

SUMARIO:

	Autor	Pág.
El fin de una época	Dr. Kandel	1
Impresiones sobre México	R. Torres	8
La educación del hombre libre	Varios	22
El niño y el grupo	S. Lipszycova	35
La educación en los EE. UU.	E. Torres	50
Documentos de la A. N. D. E.	Varios	67
Homenajes	Varios	101
La Nutrición humana	R. de Buen	108

EDUCACIÓN

ÓRGANO DE LA ASOCIACIÓN DE INSPECTORES,
VISITADORES DE ESCUELAS Y DIRECTORES TÉCNICOS ESPECIALES.

No. 109

DICIEMBRE DE 1942

Tomo Dieciocho

EL FIN DE UNA ÉPOCA

“El Fin de una Época” es el título del Décimoctavo Anuario Educativo del Instituto Internacional de Educación de Teacher's College, Columbia University, correspondiente a 1941. Apartándose del procedimiento seguido en los números anteriores, el presente ha sido escrito en su totalidad por el Director de esta publicación, doctor I. L. Kandel, catedrático de la Universidad de Columbia. El Anuario Educativo había sido, por 18 años, algo así como una tribuna pedagógica internacional, desde la cual educadores connotados de diferentes nacionalidades daban cuenta del movimiento educativo en sus respectivos países. En 1941 no fué posible obtener colaboración de los países europeos ocupados por los ejércitos hitlerianos. Frente a esta dificultad y movido por el deseo de mantener la continuidad de tan útil publicación, el doctor Kandel acometió la empresa de escribir él mismo la obra entera. Al hacerlo, y partiendo de la tesis de que la presente guerra, no importa cuál sea su resultado, marca indiscutiblemente el final de una época, se propuso él “resumir las características del pensamiento y prácticas educacionales de la era que acaba de llegar a su fin, y bosquejar los problemas que los educadores han de afrontar en el período de la reconstrucción”.

Fruto de la experiencia, la erudición y la profunda comprensión de un maestro que por más de un cuarto de siglo ha seguido muy de cerca las corrientes educativas y el ritmo del pensamiento occidental, “El Fin de una Época” es una contribución valiosísima y especialmente oportuna.

Representa ella el balance que de la labor educacional realizada durante el período del "armisticio armado" hace un educador autorizado, en el momento en que precisa una revaloración de ideas y principios pedagógicos. Es indudable que los partidarios de algunas de las ideas que más auge han tenido no han de convenir con el doctor Kandel en todas sus apreciaciones críticas. De todos modos, estas apreciaciones han de merecer la consideración de todo educador, no importa hacia qué lado del péndulo ideológico oscilen sus convicciones.

En el primer capítulo de la obra el autor da un vistazo general a las características generales y a los problemas del período comprendido entre 1918 y 1940.

Para el doctor Kandel, la época que termina, ha sido fructífera en ideas y prácticas educativas. La legislación y la literatura pedagógicas de los veinte años de "armisticio" revelan que en ningún otro período semejante de la historia se ha prestado tanta atención al problema de la educación. Aunque las fuerzas sutiles y complejas que determinan el carácter de la educación han sido en cierto modo descuidadas, mucho se hizo durante dos décadas por la reconstrucción de los sistemas educativos. El problema de organización fué debidamente reconocido y el espíritu de la educación, en lo que se refiere a método y a contenido, fué ventajosamente modificado. Los estadistas y los educadores dedicaron atención considerable a la provisión y extensión de las oportunidades educacionales. En todos los niveles del proceso educativo se han realizado grandes progresos. Sin embargo, el período que llega a su fin se ha distinguido por cierta forma de lo que el autor denomina "nihilismo educacional", nihilismo que, interesado exclusivamente en el crecimiento del niño y basado en una falsa teoría de la libertad, rechazó todo valor convencional y todo lo que se aproximara a adoctrinación. El defecto más grave que se ha hecho sentir en los países donde los educadores han gozado de libertad para precisar los fines educativos, ha sido la falta de dirección, de propósito dominante. El período en cuestión también se ha caracterizado por el conflicto irreconciliable entre los que hacen hincapié en los aspectos materiales de la cultura como base de la buena vida y los

que se preocupan por los aspectos intelectuales y espirituales de la vida contemporánea.

En los seis capítulos siguientes el autor traza la evolución de las ideas que más han dominado el escenario pedagógico durante las dos décadas transcurridas entre las dos grandes guerras; analiza el conflicto básico entre la teoría monista (totalitaria) y la pluralista (democrática) del Estado y sus correspondientes aplicaciones pedagógicas; compara la administración de la educación en las democracias con la de las dictaduras totalitarias; pasa en revista los adelantos realizados y los problemas aun pendientes en lo que se refiere a la educación del niño, la educación del adolescente y la formación del maestro. Ya que dentro del marco de esta reseña no nos es posible resumir toda la obra, nos contentaremos tan sólo con apuntar, en los párrafos que siguen, algunas de las ideas esenciales del capítulo referente a la educación y el pensamiento moderno, y brevemente indicar el contenido de los capítulos restantes.

LA NUEVA EDUCACIÓN

Desde el comienzo del período de la post-guerra el acento de la teoría educacional ha recaído en todas partes sobre el concepto de **cambio**. El espíritu de protesta y el deseo de descartar viejos moldes, no eran nuevos en la historia, pero nunca habían sido tan enfáticos ni tan pronunciados como en las dos últimas décadas. Este énfasis se refleja en los nombres de "Nueva Educación", "Educación Progresiva", con que se denominan ciertos movimientos; aparece en los títulos de ciertos libros cuyas ideas han dominado la época: "La educación para una civilización cambiante", "La educación y el cambio social", "Hacia una educación nueva", etc.; se advierte en los nombres de algunas revistas educacionales que han aparecido en las dos últimas décadas: **La Nueva Era**, **Pour l'Ere Nouvelle**.

De interés son los antecedentes y los distintos rumbos que tomaron las teorías de la escuela nueva. Los adelantos de la investigación psicológica y la paidología, cuyos efectos comenzaron a sentirse a principios del presente siglo, sirvieron de poderoso estímulo al espíritu de reforma que

dominó las dos décadas que precedieron a la Primera Guerra Mundial. Estos adelantos, traducidos en una mejor comprensión del niño y sus intereses y de la psicología del aprendizaje, resultaron a su vez en métodos más eficientes de enseñanza, en mayor actividad de parte del alumno, en el aprendizaje motivado y en la adaptación del programa de estudios a los intereses y ambiente del niño.

Cabe notar que la reforma, fundamentalmente técnica y profesional, tuvo por principal objeto el mejoramiento del proceso educativo y, aunque en algunas partes tocó a la escuela secundaria, se limitó a la primaria. La teoría en que se basó fué la de que la educación es la vida y no la preparación para la vida, que la educación es la reconstrucción de experiencias y que el aprendizaje útil tiene lugar sólo cuando el alumno participa activamente en el proceso.

En virtud de esta teoría, los métodos activos fueron gradualmente aplicados al programa de enseñanza, todavía organizado de acuerdo con las asignaturas tradicionales, cristalizando más tarde en "problemas", "proyectos" y "actividades". De aquí surgió la escuela centralizada en torno al niño, fundada sobre la noción de que el crecimiento en sí y de por sí es el único fin moral del proceso educativo. Este tipo de escuela llegó a su apogeo en los comienzos del período de la post-guerra. Radical como fué, no atacó directamente los problemas del cambio y la reconstrucción sociales.

No fué sino hasta cuando el mundo comenzó a desilusionarse y a perder la esperanza de una era mejor cuando comenzó a insinuarse una nueva tendencia. La aplicación de la ciencia había traído cambios rápidos en la existencia. La revolución comunista en Rusia, la fascista en Italia, la depresión económica y las dislocaciones sociales que sufrieron otros países, estimularon todo un cúmulo de planes para la reconstrucción social, hasta que la revolución nazista finalmente puso en claro el significado último del problema esencial que afronta el mundo.

La teoría de la escuela centralizada en el niño, sin programa prescrito por anticipado, gradualmente cedió el lugar a la idea de que la escuela debe tener una orientación social que no puede mantenerse al margen de los problemas

que preocupan al mundo, sino que deben adquirir también los métodos de resolverlos. La educación tradicional había sido ya antes blanco del ataque, pero en el terreno puramente pedagógico. El nuevo ataque se dirigía ahora a la concepción misma de la función de la educación, a la idea de conformidad y a todo lo que se creía estático. Vino entonces la escuela centralizada en la comunidad a reemplazar la escuela centralizada en el niño, y cuando todavía se discutía la conveniencia de llevar a la práctica estas ideas, los Estados Unidos se encontraron frente al problema aun más serio de cómo hacer más eficaz la democracia.

EL CLIMA INTELECTUAL DE LA ÉPOCA

La inquietud de romper con el pasado que caracteriza a estas teorías no es producto de la imaginación del educador. La ciencia moderna se basa en el principio de que el mundo está en constante evolución, en constante devenir, que no hay nada estático y que las fuerzas que producen el cambio social son esencialmente dinámicas. La teoría mecanista y determinista ha sido recientemente reemplazada por la teoría de la "incertidumbre" y la "descontinuación". De ahí la idea de que no hay nada definido, nada inmutable, y, de que por lo tanto, nada debe imponerse al niño.

Recalca el autor que hay un paralelo casi perfecto entre esta teoría de educación y otras manifestaciones del pensamiento moderno, tales como la literatura, el arte y la música. En todas éstas se advierte la misma tendencia de romper con el pasado, de no someterse a normas fijas y de dar valor a la propia expresión del individuo. Así se ve que el artista literario, incapaz de ofrecer nada que no sea escepticismo y pesimismo, descarta todo lo que se asemeja a plan o argumento en favor de la escena corrida sin plan ni propósito. La literatura se vuelve entonces un proceso de emoción y sentimiento.

El pintor no pinta ya lo visible sino los sentimientos que evoca en él lo que ve; pinta "no sus reflexiones, sino sus reflejos". El valor intrínseco de sus producciones puede ser apreciado sólo por el espectador capaz de entender el propósito del artista. La actividad creadora, la auto-expresión, llegan a ser más importantes que el producto mismo.

En la música, la técnica ha sido subordinada al sentimiento y a la sensación. La "discordancia" se usa para transmitir el impacto que en el compositor produce un mundo en confusión, un mundo sin significado ni valores. Mientras que lo incongruente y lo ilógico son las notas distintivas del arte plástico moderno, la "atonalidad" y la falta de ritmo son las características de la música moderna.

Como el arte, la literatura y la música, la "nueva" educación ha pretendido ser contemporánea, inmediata y mantenerse al ritmo de la hora presente; al volver la espalda al pasado ha hecho hincapié en el individuo, en sus propósitos, motivos y deseos, se ha rebelado contra la tradición personal y el "enriquecimiento de la experiencia".

Llevada al terreno de las realizaciones prácticas, esta teoría, en su forma extremada, representa una reacción completa contra todo lo que se considera asociado a la escuela tradicional: programa fijo, asignaturas, disciplina, exámenes.

Si bien las interpretaciones extremadas no han sobrevivido, la teoría de la escuela nueva, reconoce el autor, ha servido de agente "catalítico". Por lo menos ha llamado la atención hacia la atmósfera superintelectualizada de la escuela tradicional y hacia la importancia de otros aspectos del desarrollo del niño, que no habían recibido atención suficiente o que habían sido totalmente descuidados; ha transformado el espíritu del aula; ha contribuido a enriquecer la enseñanza con su énfasis en la salud física y mental y en los valores estáticos; ha hecho hincapié en la influencia ambiental de la escuela. Además, ha insistido en la educación del **niño entero** y, por último, ha arrojado luz sobre algo que siempre se había deseado pero nunca cultivado: la autoeducación como una de las funciones más importantes de la educación.

LA EDUCACIÓN DEL FUTURO

Especialmente oportuno es el capítulo "Educación y Política", en que el autor, después de un profundo análisis del conflicto totalitarismo vs. democracia y sus efectos educacionales, llega a la médula del problema cuya solución se decide hoy en los campos de batalla. En último análisis, este

problema no es otro que el de si el individuo ha de existir para el Estado o el Estado para el individuo. En el primer caso habrá súbditos, esclavos de mente y cuerpo; en el segundo, habrá hombres libres con el sentido de responsabilidad que la libertad exige.

Los capítulos Administración escolar, La educación del niño, La educación del adolescente y La formación del maestro son la síntesis más completa que recientemente se ha escrito sobre estos problemas y sobre las distintas soluciones que, durante las dos últimas décadas, ensayaron los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Rusia e Italia.

El último capítulo de la obra bosqueja los problemas educacionales que las democracias han de confrontar en el período de la reconstrucción. El autor no aventura profecía alguna acerca del rumbo que la educación ha de seguir en los años futuros. Intentarlo siquiera, considera él, sería una insensatez. Si la guerra presente termina en la victoria de los totalitarios, el cuadro que nos espera es evidente. La educación será convertida en propaganda; el maestro será reducido a mero instrumento para la realización de los designios del conquistador; cesará la actividad intelectual libre y la inteligencia se someterá a la voluntad del Estado.

Si con el triunfo de la democracia la educación ha de desempeñar un papel más importante que el que hasta aquí ha desempeñado, corresponde a las naciones democráticas emprender la tarea extraordinaria de realizar los fines que persigue la educación en un régimen tal: libertad y responsabilidad, variedad, flexibilidad y adaptación a las capacidades del individuo.

A través de toda la obra se reflejan la convicción profundamente democrática del autor y su fe en ciertos valores que él considera permanentes. No oculta él su impaciencia ante los educadores que, guiados por el afán de estar a tono con la "última palabra", pretendieron descartar esos valores sin proponer nada sólido con qué sustituirlos.

Con "El fin de una Época" el connotado catedrático norteamericano da la campanada que anuncia la hora de las rectificaciones. No hay duda de que su voz autorizada repercutirá por los confines del mundo educativo.

(De "Lectura para Maestros". - Washington, Julio, 1942.)

COLABORACIÓN UNIVERSITARIA

IMPRESIONES SOBRE MÉXICO

Por el Profesor don **Rubén Torres Rojas**

Director de la Escuela de Ciencias.

Exposición hecha en el Teatro Nacional de Costa Rica ante la AIVEDE, y luego en el Liceo Domingo F. Sarmiento.

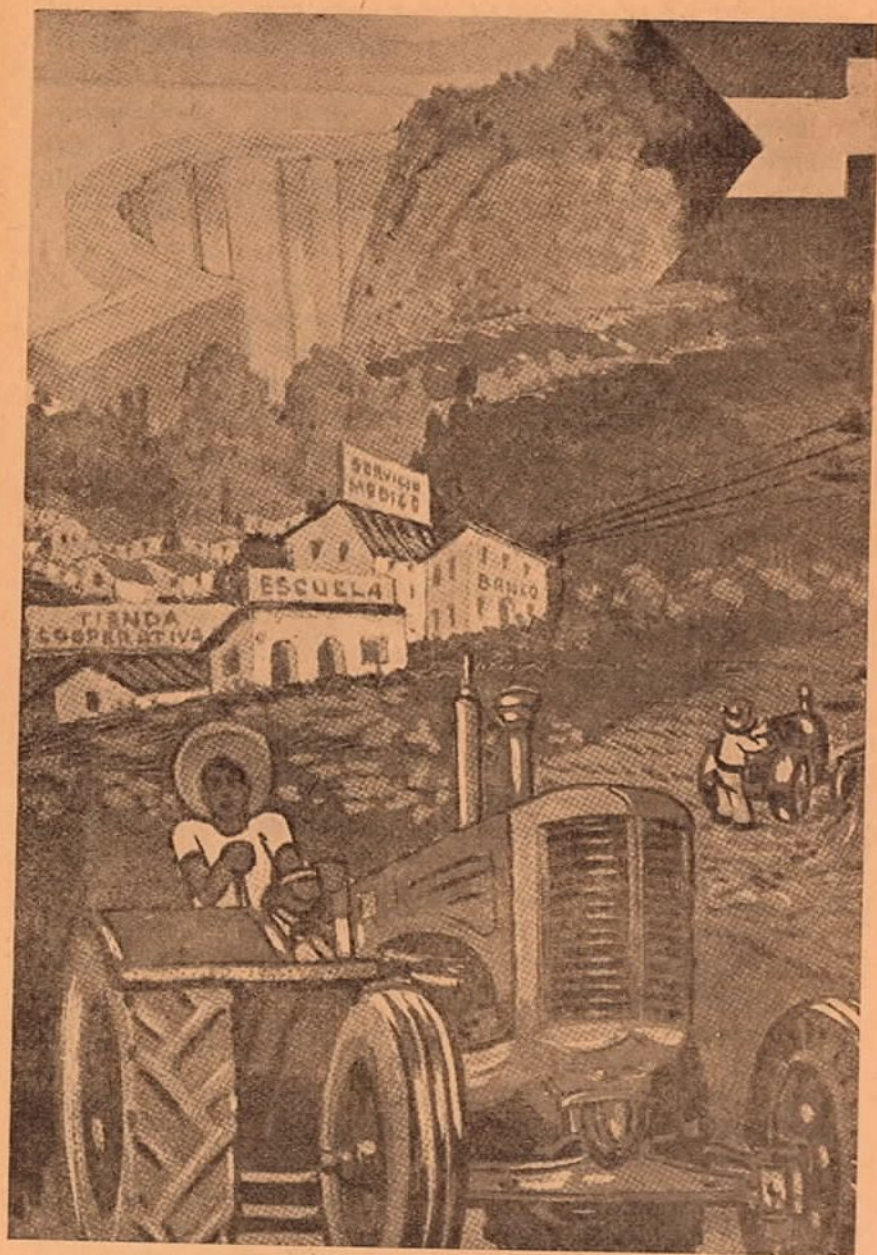
Muy complacido con la deferencia que me hace la honorable Asociación de Inspectores, Visitadores y Directores Escolares del país, vengo con la mayor satisfacción mía, a tomar parte en esta hora cultural, posiblemente aportando poca novedad a la distinguida concurrencia, pero sí con el mayor deseo de servir a este importante organismo social de educadores. Doy mis agradecimientos anticipados por la atención que se dispense a mis palabras, sin otro valor que el de expresar conocimientos recogidos de manera personal, en el propio campo de observación.

Deseo referirme en términos generales aunque resumidamente, pero con especial cariño, al avanzado país hermano, la República de México, entre las naciones de habla hispana, magnífico ejemplo de progreso y de superación constantes. México desde tiempos ya lejanos, cuenta con la más alta simpatía de los costarricenses y más o menos aparejado a nuestro país, ha corrido sus designios a través de la historia. Recordemos que al iniciarnos en la vida independiente, una considerable fracción del pueblo de Costa Rica, pensó unirse al Imperio de Itúrbide y que en los actuales momentos, ambas naciones, valerosas y leales a los principios republicanos, se abrazan para defender resueltamente los ideales democráticos del mundo. Nuestros compatriotas residentes en la nación mexicana, en su mayoría

estudiantes llenos de gratitud, levantan hoy su bandera de costarricenses para ofrecer, con todo valor, al país hermano, su fuerza y su corazón.

México por su bien orientada política de relaciones exteriores, su organización social y cívica, su industria y agricultura, instituciones culturales y preparación intelectual de su pueblo, marcha al ritmo con las naciones americanas mejor preparadas. En las circunstancias actuales de guerra, es además importante centro de tránsito aéreo, especialmente su capital, en donde a menudo en forma voluntaria, permanecen por algún tiempo los viajeros de las Américas, hacia el Norte o hacia el Sur. Pocas horas del día son necesarias para llegar en vuelo, desde Panamá o Costa Rica a México, y menos aún para continuar de allí hasta Bronsville, ciudad fronteriza de los Estados Unidos. Esta ruta, muy cómoda y ligera, hoy única vía alejada de los peligros de la guerra, ha realizado un acercamiento más efectivo entre los países americanos, porque a medida que las distancias desaparecen, los pueblos se amalgaman constituyendo una sola nación. Para Costa Rica, México es nación vecina como cualquier país centroamericano.

La extensión territorial de Méjico es considerable, más o menos equivalente a cuatro veces la superficie de Centro América, y su población también es tres veces mayor. Veinte millones de mexicanos laboriosos y llenos de patriotismo hacen cada vez más próspera aquella fértil, rica bien trabajada tierra, en donde los agricultores e industriales, obtienen siempre el mayor rendimiento para su esfuerzo. Las máquinas agrícolas invaden el campo y la producción general aumenta, gracias también al empeño del Gobierno en proporcionar grandes facilidades al agricultor, entre ellas abundantes aguas de riego en formas múltiples, verdaderas obras de ingeniería agrícola en las cuales han tenido gran cuidado de especializarse los mexicanos. El suelo se riega invariablemente durante la sequía, desviando el curso de los ríos y canalizándolos, aprovechando lagos y lagunas o construyendo grandes estanques para vaciarlos en el momento oportuno; el agua de los ríos se levanta con represas o se aplican bombas para elevarla desde el cauce profundo hasta las partes altas. Es maravilloso cómo la Ingeniería Agrícola



Actividades agrícolas.

en este país transforma el terreno, haciéndolo más productor y mejorando a la vez la condición económica de los habitantes. En tal sentido, como en otros aspectos de importancia, México ha hecho sentir en el Continente sus grandes progresos técnicos; al extremo de que en los últimos tiempos una embajada de Ingenieros Agrónomos fué a Sud América, especialmente solicitada, para realizar trabajos de irrigación. Considerando el avance de aquel país en su Agricultura, pienso en los grandes beneficios que obtendría Costa Rica si enviara hacia allá algunos de nuestros profesionales, con el propósito de estudiar sistemas de irrigación aplicables a nuestro suelo, en donde las sequías se extienden casi por medio año, esto es, de noviembre a mayo, tiempo en que la tierra deja de ofrecernos su fuerza y su riqueza.

El mexicano es práctico en el manejo de su economía y sabe aprovechar de sus sembrados hasta lo increíble: los pastos sobrantes jamás se pierden porque oportunamente son cortados para transformarlos en heno; las cañas del maíz, finamente picadas se convierten en forraje magnífico que sostiene los ganados en la estación fría, ocurriendo lo mismo con las pajas de avena, de cebada y sobre todo del excelente trigo que se cultiva allí en cantidad grande. Vegetales y frutas en general, los hay en abundancia, casi los mismos de nuestra producción, desde naranjas, bananos, duraznos, hasta manzanas, uvas, peras, ciruelas, avellanas, nueces y almendras, artículos que muy bien abastecen los mercados. Se crían escogidas razas de ganado vacuno lechero, de destace y en forma especial se tienen valiosos hatos de ganado de lidia en que se invierten considerables sumas monetarias. Sabido es que en México hay mayor entusiasmo por las corridas de toros que en la propia España, presentándose el caso de que toreros mexicanos sean contratados para realizar actividades en la Península. El edificio destinado a corridas de toros en la ciudad de México es valioso, alcanzando su costo algunos millones de pesos y con capacidad para alojar hasta veinte mil personas. Hay preocupación constante y casi fanatismo por estos espectáculos que se desarrollan con las ceremonias de estilo madrileño o sevillano, sin que falten la música española, hábiles toreros, el cuadro de picadores a caballo y las mulas

de acarreo para sacar de la arena los toros pasados por la espada, que son todos los del día. El manual de toreo o personas entendidas que expliquen la corrida son indispensables a los espectadores novicios que deseen apreciar el arte e interpretar el especialísimo vocabulario taurino.

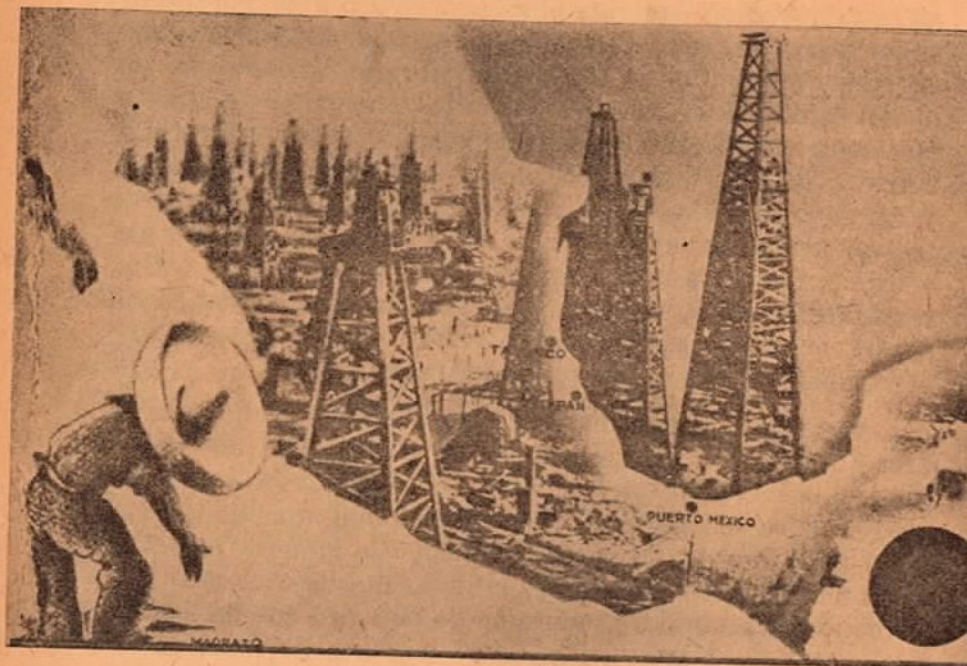
Las fincas mexicanas o ranchos, a menudo cuentan con grandes crías de ganado caballar, de lana, o cabrío, pero se encuentra más generalizado el asno que el caballo, por la razón de adaptarse aquél fácilmente a las dificultades del trabajador campesino, quien lo emplea con rendimiento en trabajos agrícolas o como medio de transporte de sus productos hasta los mercados. Sin embargo, los caballos tienen empleo corriente en labores de campo y los de silla de razas seleccionadas, de alzada al estilo árabe o los de carrera, son también muy frecuentes. El Bosque de Chapultepec, en día domingo, es un centro típico, exhibición de jinetes ataviados con su especial traje de charro, a menudo bordado en oro o en plata, verdadera riqueza de vestido que no es raro alcance el precio de cinco mil o más pesos mexicanos. Con frecuencia el jinete lleva su elegante compañera, la charra, también ataviadas con lujo en telas de seda, bordadas en metales preciosos y llenas de lentejuelas finas.

El rebaño, como en Europa, es abundante por todas partes, dedicándose a esta cría millares de personas y lo cual se explica bien en aquel país de suficientes fábricas que preparan los hilos de lana y que elaboran los tejidos, consumiendo así toda la materia prima que el país produce. El maguey, planta textil muy parecida a la cabuya, es ampliamente cultivado con varios propósitos, siendo uno la producción del pulque, bebida fermentada que se consume allí en proporción grande, sustituyendo la cerveza o el vino en las clases poco acomodadas.

La naturaleza vegetal de México es característica, sobre todo tratándose de las partes altas con sus bosques en su mayoría de pinos, abetos y de otras coníferas, mientras que la flora de las partes bajas es mucho más densa y variada. Los grandes pinares de los bosques abastecen a las gentes de maderas para la construcción de sus casas, muebles, muchos otros objetos y hasta de carbón o leña para su cocina. El pino tiene allí una aplicación tan amplia como no

la hay en Centro América para otro árbol. Muy particular es México por su variedad y abundancia de cactus que se encuentran por millares, desde las esféricas biznagas de un metro de diámetro, los erguidos cirios u órganos de cinco o más metros de altura, las graciosas mamilarias parecidas a frutos de piña o de piñuela, hasta los raros equinocactus y los nopales, todos defendidos con sus espinas. Crecen estas extraordinarias plantas, si es el caso, sobre las rocas volcánicas casi desprovistas de tierra vegetal y en forma corriente en los desiertos, pero tampoco son extrañas en suelos laborables adornando el paisaje con su presencia y ofreciendo el aspecto singular del país.

Mientras el panorama vegetal de coníferas y de cactus atrae la atención del observador, el terreno guarda cuanta materia mineral útil se encuentra en América, como el hierro, el cobre, el estaño y otros metales muy apreciados o el petróleo que en gran parte constituye la riqueza principal de la nación. Bien conocido es el lugar que México ocupa en el mundo en cuanto a producción de petróleo que ha llegado a alcanzar anualmente cientos de millones de pesos mexicanos. El Museo de Geología de México es todo un muestrario de las inmensas riquezas minerales que contiene el país hermano: allí se encuentra carbón de excelente calidad y de distintos yacimientos, grafito y variedades de petróleo, oro en cuarzo y en pepitas, mercurio, piedras preciosas y mucho más, incluyendo la plata, otro considerable tesoro del país que se explota en gran escala. Este metal es abundante allí y se le trabaja a la perfección en multitud de objetos artísticos como filigranas, adornos o enseres de hogar y de oficinas y en diferentes cosas de uso diario o de lujo que luego son distribuidas por todos los países del mundo. Los talleres de artículos de plata son campos de actividad enorme en donde centenares de obreros se ganan la vida, unos fundiendo en los crisoles el precioso metal, o moldeando las figuras que van apareciendo dispersas por el recinto del taller, otros calando cuidadosamente las filigranas o puliendo la obra ya terminada para ofrecerla al público. Estos almacenes de objetos de plata, permanecen siempre llenos de comerciantes del mismo México, de otros países de América y hasta de Europa, repartiéndose así, con profusión,



Instalación de pozos petroleros

la mercadería. La ciudad de Tasco tiene especialidad en la fabricación de esos productos, sin que falte la industria en otras ciudades, ni en la propia capital.

Los tejidos también constituyen un ramo activo que avanza en proporciones europeas en cuanto a calidad y mercado. Se trabajan la seda, el algodón, la lana, y otras fibras, resultando magníficos y baratos casimires, lienzos, toda clase de piezas personales o de ornato. Conocemos muy bien aquí los finos sarapes que en México tanto adornan cualquier departamento del hogar, como sirven de toalla o de bufanda elegante al místico "mariachi". Terciados al hombro del artista, hacen juego con su vestido de charro y con el instrumento musical que llena de alegría los festejos populares, los paseos públicos o el clásico gallo mexicano, es decir, la serenata. De este modo, al calor de los artísticos sarapes y de los trajes regionales se aprecia el arte típico del mexicano, que tanto hace vibrar su violín o su guitarra sentimentales, como entona la seguidilla producto de su fi-

na fantasía. Mientras tanto, el solitario organillero subvencionado por el Estado, transita por las avenidas dejando oír en el ambiente popular sus notas melancólicas que mantienen en forma constante el ideal artístico.

Es afán muy distinguido del pueblo mexicano la más alta refinación en materia de arte que puede notarse en el detalle de los paseos o parques públicos llenos de esculturas maestras y en donde se oye con frecuencia música popular o clásica; en la Facultad de Bellas Artes, en sus museos llenos de valiosas creaciones, antiguas y modernas, en el soberbio coliseo, el Palacio de Bellas Artes, edificio construido totalmente con mármoles de Italia, realizándose allí constantes exposiciones y conciertos. Este Palacio es una de las modernas y mejores construcciones de México, a donde llegan artistas mundiales del más alto relieve, y su costo de sesenta millones de pesos justamente ha sido una oportuna inversión que significa gran estímulo para la cultura artística, notablemente avanzada en aquel país.

Si los aspectos anteriores del arte singularizan a México, en otras formas también se le distingue: sus estudios de cine dan al mundo el conocimiento gráfico de sus costumbres, de los paisajes, hermosas ciudades, zona de su música tan característica, su teatro y su literatura. Son a veces temas netamente históricos y desde luego instructivos los que allí se desarrollan. De este modo recordamos con agrado las "Ruinas Mayas" que hemos visto como historia de una raza fuerte extendida por Yucatán y gran parte de Centro América, en la creación del cine azteca, "Una Noche entre los Mayas". De época más cercana a la nuestra vemos aparecer en la pantalla al gobernante de la Nueva España, al Emperador Maximiliano, cuya residencia, el Castillo de Chapultepec, monumento simbólico en la historia de México, se conserva aún como una de las reliquias que guardan, constituyendo valioso recuerdo cívico, muchos de los objetos personales del propio Emperador y de su esposa la Emperatriz Carlota.

Referente a cultura educacional, es notable el desarrollo de las escuelas primarias, extendidas por todo el país, de las escuelas normales para maestros, de los institutos de segunda enseñanza y de las universidades que tratan cada

vez de superarse a sí mismas, situándose en el ángulo más avanzado de los países dirigentes del mundo, en su finalidad. Las enseñanzas primaria y secundaria son costeadas por el Estado o por la iniciativa particular. La primaria, abarca generalmente seis años, pero algunos planteles oficiales tienen Enseñanza Prevocacional, en donde los estudiantes permanecen dos años más, aprendiendo oficios y al mismo tiempo recibiendo una cultura complementaria adecuada a su orientación. Allí, en los talleres del plantel y en sus aulas se preparan obreros que luego han de perfeccionar sus conocimientos en el taller particular. Tales instituciones han dado magníficos resultados en los millares de niños que concurren a ellas, especialmente de las clases media y obrera, atendidos con esmero por profesores que sostiene el Estado. La escuela primaria proporciona conocimientos generales a los niños que han de abandonar el aula para lanzarse a la lucha por la vida, también a los que siguen estudios de enseñanza secundaria. Esta última, es de tres años al final de los cuales el estudiante ingresa por dos años a la universidad, en la sección de Escuelas Preparatorias. Aquí la enseñanza es netamente vocacional y termina con el bachillerato en Filosofía y Letras, Ciencias Biológicas, Ciencias Económicas, Derecho y Ciencias Sociales, Ciencias Físico Matemáticas, Físico Químicas y otros bachilleratos más de acuerdo con las actividades del país. En suma, se invierten cinco años entre enseñanzas secundaria y preparatoria, llegándose luego a los estudios propiamente universitarios o profesionales, que demandan un número variable de años, de acuerdo con la Facultad que se elija. En tal forma, la cultura general mexicana marcha a grandes pasos y sus hombres, verdaderos sabios, constituyen en el Continente legiones de elementos directores en todas las ramas del saber humano.

Las universidades son dirigidas y sostenidas por el Estado unas, otras autónomas, subvencionadas por el Gobierno, pero también hay escuelas universitarias exclusivamente de iniciativa particular.

Como extensión cultural y para el caso de ampliar conocimientos después de la universidad, hay notables y numerosos centros de estudio, algunas dependencias universita-

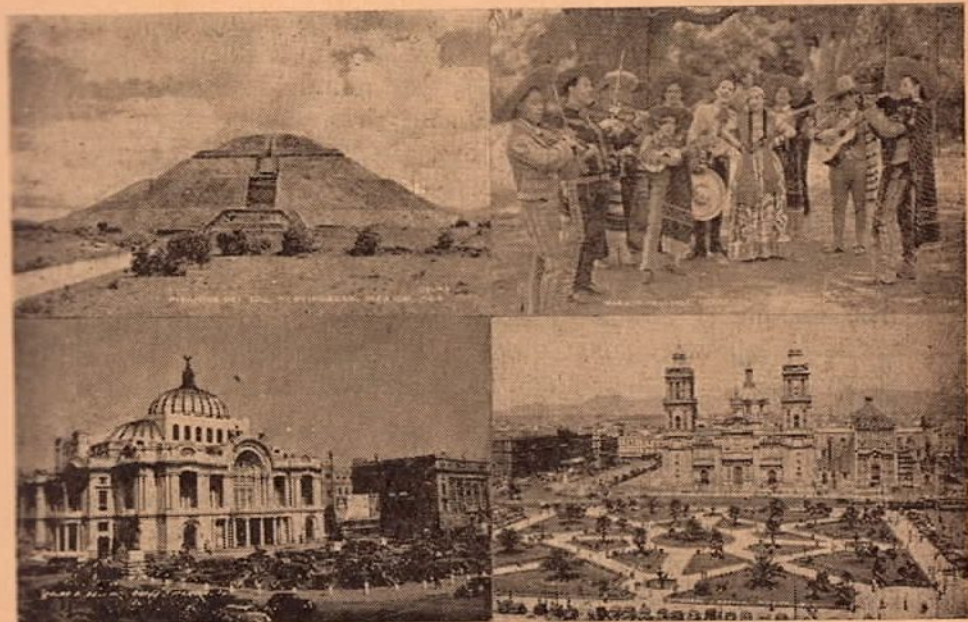
rias, del Gobierno otras, como el Museo Nacional, el Museo de Ciencias Naturales, el de Geología, los Institutos de Geografía e Historia, de Biología, de Enfermedades Tropicales, los Observatorios Astronómicos, Geo-físico y Meteorológico, todos contribuyendo en forma positiva a la perfección cultural. El Museo Nacional tiene valiosas colecciones y otros motivos en donde se aprecia notablemente el desarrollo etnográfico e histórico de México, desde los tiempos anteriores a la conquista hasta el presente, con la amplia información que es fácil de suponer para aquel país tan trascendental en asuntos de todos los tiempos históricos propios y hasta del resto del Continente americano. Vasijas, ídolos, diferentes utensilios de las civilizaciones maya-quiché, tolteca, azteca, chichimeca, otomí y otras, incluyendo la española antigua, sirven de material precioso de estudio relacionado con los trabajos que activamente se realizan en campos que fueron centro de vida de aquellas históricas civilizaciones y en donde quedan valiosos monumentos como testimonio de creación y florecimiento de pueblos que aun dan materia y espíritu a la nación mexicana y otros países de América.

El Museo Nacional contiene entre sus riquezas la sección correspondiente a códices indígenas o españoles, escritos, unos bajo el sistema de jeroglíficos aborígenes o en forma pictográfica, otros con el dibujo hispánico o impresos en el Castellano antiguo, todos constituyendo precioso material de estudio y de cuidadosa investigación, gracias a lo cual la vida pasada de México y de América va siendo mejor conocida. En acuerdo con este Museo, el Instituto de Antropología e Historia y algunas sociedades científicas norteamericanas, realizan muy interesantes estudios de los monumentos históricos de México, que son tantos como no los hay, en proporción, en otro país del Continente. Se conserva allí, con su interpretación respectiva el conocido Calendario Azteca, tal vez la pieza mejor estudiada del Museo. Es una piedra basáltica, finamente labrada en forma de cilindro muy corto, más o menos de tres metros de diámetro, por medio de espesor y veinticuatro toneladas de peso. Se observan en ella multitud de inscripciones y dibujos, correspondiendo algunos a los meses del año, que entre los aztecas

eran dieciocho, de veinte días cada uno. Se agregaban al total cinco días, que no pertenecían a ningún mes, para ajustar los 365 propios de su año, que también es el nuestro.

En los campos se conservan muy bien los valiosos monumentos antiguos que el Instituto de Antropología e Historia cuida con esmero, aprovechándose de ellos al mismo tiempo para la investigación etnológica e histórica. A setenta y cinco kilómetros de la ciudad de México y cerca del pueblo de San Juan se encuentran las grandes pirámides mexicanas, llamadas pirámides de Teotihuacán, que también son conocidas con los nombres de Pirámides de El Sol y de La Luna. Monumentos gigantescos superados, en efecto, por los egipcios, aunque no de modo extraordinario, tomando en cuenta la cultura ya alcanzada en aquellos tiempos por los pueblos del Antiguo Continente: la Pirámide de El Sol, que es de las mayores mexicanas, alcanza setenta metros de altura por doscientos treinta de base, en tanto que la más grande de Egipto, la de Keops, mide ciento cuarenta metros de alto por doscientos diez de lado. De mayor altura la egipcia, pero menor en contorno.

Las grandes pirámides mexicanas son de base cuadrada y de paredes más o menos lisas, apenas con algunas piedras salientes y con una gradería o lugar de acceso a la cumbre, pero las caras se interrumpen con pasadizos que a distintas alturas rodean los monumentos por sus cuatro costados y al final, en lugar de vértice hay una plataforma cuadrada, pulida con argamasa. La estructura de tales construcciones es de piedra sostenida con mezcla de cal y arena, preparación muy conocida por los indígenas y que han empleado junto con el ladrillo en muchos otros monumentos que aun soportan la acción del tiempo. El interior se conoce mediante túneles de exploración, construídos con propósito de estudio, averiguando de este modo que las piedras han sido colocadas sobre montículos de tierra. Del mismo modo se llega a la conclusión de que tales monumentos no se levantaron como los egipcios, para servir de reposo infinito a las altas dignidades: los de México sirvieron para celebrar en ellos festejos cívicos o religiosos, ceremonias funerarias o victorias de guerra, pero nunca fueron tumbas. Cerca de estas pirámides hay un camino arreglado con macadam,



De izquierda a derecha.—Arriba: Pirámide de El Sol.—Conjunto de mariachis.—Abajo: Palacio de Bellas Artes.—Catedral de México y Plaza de la Constitución.

que los arqueólogos llaman Calzada de los Muertos y que remata en uno de sus extremos con la Pirámide de La Luna, mientras que el otro llega a una ciudadela indígena, hoy en ruinas, en que se halla el famoso templo de Quetzalcoatl, monumento dedicado al mismo empleo de las pirámides. En ese templo existen todavía, como efectos ornamentales, grandes cabezas de serpiente y de tigre con ojos negros hechos de obsidiana, cabezas que miden hasta un metro de espesor, ídolos y otras esculturas de piedra, todo notablemente artístico.

Los monumentos anteriores, así como la ciudad de México, y otras grandes ciudades, están dentro de la gran llanura mexicana, la Meseta de Anáhuac, cuya superficie ocupa mayor extensión que Costa Rica. En México son muchas las pirámides; aparte de las grandes ya indicadas, las hay menores en otras regiones, como la de Cuicuilco, que pertenece

a la civilización más antigua de México hasta hoy conocida, la Pirámide de Tenayuca, de tipo azteca, minuciosamente estudiada y cruzada en su base por numerosos túneles de exploración, que iluminados con luz artificial permiten recorrerla en todas direcciones. La inmensa pirámide de Cholula tiene 439 metros de lado por 54 de alto y sobre ella edificaron los españoles una magnífica iglesia. Muchos monumentos más, en forma de ídolos, de acueductos, de templos, variedad de figuras, de diferentes estilos y civilizaciones, enriquecen el suelo mexicano. También hay numerosos edificios españoles construídos en la conquista, que se conservan casi intactos y en buen servicio hasta los días actuales.

Sobre las ruinas del Gran Teocali, templo indígena contiguo al Palacio de Moctezuma, levantaron los españoles la hermosa Catedral mexicana, distinguiéndose entre los monumentos hispánicos por su arquitectura y ornamentación. A su izquierda está el palacio que en la ciudad de México ocupó Hernán Cortés y que hoy es residencia presidencial, artística construcción de tres pisos, con paredes de piedra, ocupando una cuadra el largo del edificio. Frente a la Catedral queda la Plaza de la Constitución, en cuyo centro fué desenterrado el Calendario Azteca y atravesando la calle se levanta el Palacio del Ayuntamiento de la Nueva España, esto es, del México de la conquista, adyacente a otros edificios también de construcción española. Este lugar céntrico de la capital mexicana es por completo histórico porque en sus contornos estaba el núcleo de Tenochtitlán, la capital azteca, edificada en el interior del Lago de Texcoco, eliminado hoy por medios artificiales hasta reducirlo a una pequeña laguna ya muy alejada de la población.

La influencia colonial se deja sentir notoriamente en todo el país: están allí la Iglesia de Guadalupe, la de Santo Domingo a cuyo lado aparece el edificio que ocupó el Tribunal de la Inquisición, el Palacio del Emperador Itúrbide, la casa de don Pedro de Alvarado, la residencia de Hernán Cortés, en Cuernavaca, los numerosos conventos, en fin, centenares de edificios cuya arquitectura se destaca entre las construcciones modernas.

Los centros de población de México, aparte de la capital, a que nos referimos ya con amplitud, como Guadalajara, Puebla, Tlaxcala, Querétaro, Cholula, Toluca, Cuernavaca, poblaciones centrales y otras restantes que no hemos citado, cada una con su modalidad especial y su importancia grande, son temas para muy interesantes capítulos. En la Venecia mexicana, Xochimilco, desde época antigua, la población y sus contornos han sido especialmente cultivados de flores: claveles, violetas, pensamientos, dalias y multitud de vistosa ornamentación con acuáticas. El día domingo no menos de trescientas barcas, artísticamente arregladas, se ponen en movimiento por los canales de Xochimilco, conduciendo a los visitantes, unas, convertidas en cantinas, refresquerías, ventas de frutas, cuanto sea necesario para un día cómodo y atractivo en la extraordinaria y alegre población flotante.

Las ciudades mexicanas levantan hoy sus edificios al estilo europeo o neoyorquino y la capital, embellecida con su moderna arquitectura, población de dos millones de habitantes y enorme actividad, bien se compara con importantes ciudades del Viejo Continente. El país entero vive una preocupación constante de cultura y desenvolvimiento material constituyéndose también en nación de avanzada entre los países del mundo.



LA EDUCACIÓN DEL HOMBRE LIBRE

¿Cuál debe ser la naturaleza de la educación del hombre libre? ¿Cuáles sus elementos? Una respuesta a estas preguntas que, en el momento actual de crisis de la civilización occidental, son de palpitante interés, la encontramos en un volumen que acaba de publicar la Educational Policies Commission y que, por considerarlo de sumo valor, ofrecemos a nuestros lectores en forma condensada.*

Las olas de la Libertad y el despotismo.

Las olas del despotismo y de la libertad se suceden a través de la historia humana. Desde que el hombre tuvo por primera vez la visión de una vida de libertad y dignidad para todos, la lucha por la realización de esa visión se ha librado con diversos resultados. En sus momentos más gloriosos la conquista de la libertad ha llenado al mundo de esperanzas; en otros momentos ha sufrido desastre tras desastre hasta aparecer como perdida para siempre.

La ola del despotismo se levanta hoy arrolladora contra los triunfos y esperanzas de hace sólo un cuarto de siglo. Se han desarrollado con tanta rapidez los sucesos que las esperanzas de hace sólo veinte años parecen de un período remoto. Todo lo que prometía ser posible entonces ha sido arrojado a la canasta de la historia. En muchas partes del mundo donde florecía ayer la esperanza reina hoy la desilusión. La democracia ha sucumbido ante la dictadura; la

(*) *The Education of Free Men in American Democracy*, (La Educación de los hombres libres en la Democracia Americana), Educational Policies Commission, National Education Association of the United States, and The American Association of School Administrators, Washington, D. C. 1941.—115 p.

paz ha cedido a la guerra y, después de un intervalo de promesas, nuevos despotismos han surgido de las cenizas de las viejas tiranías.

Esta ola de despotismo ha ahogado las grandes promesas de hace una generación. Muerta está la esperanza de que la Liga de las Naciones estableciera la justicia y la paz permanente en el mundo. La Liga de las Naciones ha sido reemplazada por una liga de dictadores. Con la iniciativa en sus manos las hordas totalitarias parecen resueltas a imponer su patrón de vida a todo el mundo y colocar la humanidad bajo el régimen de unos cuantos estados militares. En peligro está el triunfo de las democracias. En verdad, la guerra que se libró para asegurar la democracia en el mundo ha sido seguida de una guerra que amenaza con hacer el mundo seguro para la dictadura. La democracia, donde aun sobrevive en el Continente europeo, se encuentra entre la espada y la pared, ya que la amenaza totalitaria contra ella es genuina y nefasta. Su perspectiva es oscura e insegura.

La estrategia totalitaria y el dinamismo de la Democracia.

La lucha cruenta entre la tiranía y la libertad apenas ha comenzado. En esta lucha los amigos de la democracia deben primero adquirir un entendimiento de su propio vigor y de sus propias debilidades. Deben penetrar también en la estrategia totalitaria y en la razón del avance actual de las ideas totalitarias y no debe escapárseles el hecho de que la sociedad humana, tanto en su fase doméstica como en su fase nacional, sufre hoy un cambio fundamental. Los amigos de la democracia tienen que darse cuenta de que el éxito del totalitarismo sobre las instituciones libres en el Viejo Continente ha sido posible debido a tensiones y fuerzas en conflicto generadas por desequilibrios crónicos y profundos de la sociedad. Tienen que darse cuenta también de que la ola arrolladora del despotismo ha sido el producto no sólo de los métodos totalitarios sino también de los fracasos y debilidades de los que profesan practicar el ideal democrático. La crisis que confronta la democracia norteamericana de hoy puede entenderse mediante, primero, un

análisis de los elementos de la estrategia totalitaria y, segundo, un inventario de los problemas principales que se confrontan al enlistar las energías de una democracia dinámica en la lucha por la libertad.

El totalitarismo en sus diversas formas ha desarrollado una estrategia que ha probado ser horriblemente eficaz y que comprende, al menos, los elementos siguientes: 1) la organización de un partido disciplinado; 2) la formulación de un "gran programa"; 3) el llamado al idealismo y al heroísmo; 4) el cultivo y la utilización de las debilidades humanas; 5) el menoscabo de la solidaridad social; 6) la creación de confusión; 7) el uso y la propagación del terror; 8) la explotación de las verdades y procesos mismos de la democracia.

La crueldad, ingenuidad y malignidad de la estrategia totalitaria han sometido a los pueblos libres a prueba de fuego, y el desastre vendrá si el pueblo norteamericano, por indiferencia, descuido o complacencia, se niega a despertar y a dar los pasos que la práctica y la defensa de los métodos democráticos exigen. Un vistazo a los factores que han hecho posible la implantación del totalitarismo en otros países es instructivo y nos revela los siguientes: egoísmo, falta de devoción al bienestar común, sentido falso de seguridad, falta de disposición para levantar la defensa militar necesaria, ceguera ante la amenaza de espías y de la agresión interna, incapacidad para resistir a la propaganda, carencia de orientación decidida, falta de entendimiento de la naturaleza de la presente crisis y falta de unidad nacional.

La Democracia como una gran fe social.

En el desarrollo del programa integral de defensa de la democracia contra el peligro del nuevo despotismo, es necesario, antes que todo, llegar a un entendimiento más profundo de la naturaleza de la democracia y a una percepción más clara de los valores que hoy están en peligro. Las concepciones parciales y superficiales de la democracia y aun otras más fundamentales, deben ceder el lugar a la concepción de la democracia como una gran fe social. Es cierto que la democracia tiene aspectos políticos, económi-

cos, sociales y morales; que es una forma de gobierno, un tipo de economía, un orden de sociedad, un modo de vida. Es todas estas cosas puestas juntas. Pero es algo más. Si la democracia ha de hacer frente a los ataques de las nuevas tiranías, debe poseer una calidad dinámica y una tendencia universal que no están lo suficientemente expresadas en las concepciones corrientes que de ella se tiene. Debe lograr despertar la lealtad y evocar la energía de los hombres en un período de convulsión social universal. Debe ofrecer principios y propósitos directrices para la preservación y la reconstrucción de la sociedad. La democracia es una gran fe social que, en respuesta a las aspiraciones y batallas de muchas razas y pueblos, se ha desarrollado a través de los siglos. Es una fe atrevida y positiva que ahora, como en otros tiempos, llama a los hombres al combate para la defensa y la realización de los conceptos nobles y elevados sobre la naturaleza y el destino de los seres humanos. Ha de conquistar no por la fuerza de las armas y el uso del terror sino por el poder de sus ideas y de sus esperanzas.

Aunque los contornos de esta fe social son elásticos y cambiantes, los siguientes artículos son fundamentales: 1) El ser humano es de valor superior; 2) La tierra y la cultura humana pertenecen a todos los hombres; 3) Los hombres pueden y deben gobernarse a sí mismos; 4) La mente humana es digna de confianza y puede ser liberada; 5) El método de la paz es superior al de la guerra; 6) Las minorías raciales, culturales y políticas deben ser toleradas, respetadas y apreciadas.

La calidad de la Educación Democrática.

La defensa de la fe democrática contra el avance de las dictaduras está llena de peligros. El aspecto material y militar, aunque difícil, es tal vez el aspecto más fácil de la batalla. La dificultad mayor está en la naturaleza de la fe democrática. El esfuerzo por defenderla mediante la fuerza de las armas, si no se realiza con entendimiento, puede traer su ruina. Y a medida que la amenaza totalitaria se acerca, más se agrava el peligro de que la defensa espiritual de la democracia—y no la material—sea la pri-

mera en sucumbir. Frente a este peligro, la función de la educación organizada adquiere vital importancia.

Pero esta educación ha de distinguirse por cierta calidad. Muchos de los que creen en la fuerza redentora de la educación cometen el error de concebirla como un proceso universal y uniforme, como algo que es bueno para la democracia y malo para el despotismo. Los despotismos del presente han dado al traste con esta concepción. No hay nada que caracterice más a los regímenes totalitarios de Hitler, Stalin y Mussolini que su gran devoción a la educación organizada. No sólo dedican estos dictadores vastas sumas al sostenimiento de las escuelas del tipo tradicional, sino que también organizan en gran escala otras formas de educación y aun crean nuevas agencias e instituciones educativas. Los dictadores han descubierto que la educación organizada, concebida y administrada como una gran agencia de propaganda, es el método más fácil de mantener al pueblo en la ignorancia y bajo el yugo dictatorial.

El hecho fundamental es que la educación organizada no es un proceso universal y uniforme, bueno para la democracia y malo para el despotismo, a menos que arbitrariamente apliquemos el término a la clase especial de educación que conviene al hombre libre. Un estudio de la historia de la educación demuestra que la calidad de la educación, lo mismo que la cantidad, varía con la civilización, y que cada programa educacional está inspirado en ciertos valores morales y sociales característicos que dan finalidad al proceso. Un examen de los sistemas de educación desarrollados por las dictaduras revela que cada uno de ellos tiene una calidad muy especial, condicionada por los valores de la marca dictatorial que sirve—desde la enseñanza de la aritmética hasta la presentación de la historia universal, y desde las relaciones de los alumnos entre sí hasta la administración y el control de la empresa educativa.

Debemos darnos cuenta, pues, de que la educación democrática también tiene o debe tener una calidad muy especialmente suya, basada en los artículos de la fe democrática.

La Democracia y la Educación.

Se ha cometido también el error de confundir la naturaleza de la democracia en relación con la educación. Existe la noción de que la democracia es la forma natural de la sociedad humana. Muy al contrario. La democracia es una conquista, una realización cultural, vasta y compleja, en la esfera de las relaciones humanas y los valores sociales. Existe sólo en los modos de conducta, de sentimiento y pensamiento de la gente. Si estos modos se destruyen, la democracia también se destruirá; y tales modos desaparecen si no se adquieren de nuevo por cada generación, mediante el proceso complicado de la enseñanza y el aprendizaje.

En el presente mucha atención se dedica en nuestras escuelas a enseñar la aritmética, la escritura, la lectura y los fundamentos de las artes y las ciencias. Todo esto es necesario, pero el dominio de los modos de la democracia es mucho más difícil de enseñar y aprender y, en verdad, de igual importancia para los hombres libres. La noción de que los niños pueden aprender por sí solos los modos de la democracia es tan peregrina como la idea de que se puede aprender geometría sin la ayuda de los mayores.

De este análisis se desprende que la supervivencia de toda sociedad compleja depende en gran parte de la calidad moral del programa de educación organizada. Si la sociedad ha de sobrevivir, debe tener el tipo de educación que le corresponde, esto es, la educación que cultiva en el joven las capacidades y disposiciones peculiares que distinguen a esa sociedad de otra.

La preservación de la democracia americana es mucho más que una cuestión de ejércitos, acorazados y fuerzas aéreas de gran poder. Es aun más que el establecimiento de una economía sólida. En último análisis, es una cuestión moral y espiritual, de valores e ideas que han de defenderse y aplicarse. Es la cuestión de la educación del hombre libre amplia y fundamentalmente considerada. Esto significa que debemos prestar atención seria a la calidad moral de nuestro programa educativo lo mismo que tal como lo hacen los regímenes dictatoriales. Debemos preparar nuestros niños para preservar, vivir y desarrollar una sociedad libre.

En síntesis, la escuela pública norteamericana, mediante su programa y vida, debe proceder deliberadamente a afianzar y a fortalecer todas las características morales, intelectuales y físicas que son el fundamento de la democracia, y a incorporar en la conducta de niños y niñas las modalidades de la fe y vida democráticas.

La lealtad del hombre libre.

El conflicto entre la democracia y la dictadura es fundamentalmente una lucha entre dos tipos de lealtades contrarias. La preservación de la democracia depende de la fuerza y el vigor de la lealtad democrática de los hombres libres y requiere el cultivo, en el educando, de profundas y positivas lealtades a los valores que los hombres libres sustentan. El cultivo de estas lealtades es una responsabilidad mayor de la escuela pública, ya que hay lealtades que liberan al hombre así como hay otras que lo encadenan.

En el cultivo de la lealtad a los principios y valores democráticos, la escuela debe usar sus métodos propios para redescubrir las lealtades esenciales de la democracia, conocer su naturaleza, y cultivarlas en los niños, jóvenes y adultos.

Ésta es una tarea que nunca hemos cumplido satisfactoriamente. De un extremo tenemos a los que, en un esfuerzo por enseñar el patriotismo, han adoptado el curso ciego, formal y falto de inspiración de adormecer las facultades creadoras e intelectuales. De otro extremo tenemos a los que, reaccionando contra la tradición y expresando un espíritu de emancipación intelectual, se han deleitado en sacudir y desarraigar las viejas lealtades sin crear nuevas.

El proceso del cultivo de las lealtades democráticas en la nueva generación mediante la educación organizada es una empresa hartamente difícil. No es fácil transmitir lealtades, con completa intensidad, de la vieja a la nueva generación, y la naturaleza especial de la lealtad democrática dificulta la tarea. El hombre libre es leal a valores y procesos más que a personas e instituciones, a función y espíritu más que a estructura y forma. De aquí que la lealtad del hombre libre deba descansar en fundamentos racionales.

El hombre libre es leal: a sí mismo como ser humano digno; al principio de la igualdad y la confraternidad humana; al proceso de la discusión sin trabas y de la crítica libre; al ideal de la integridad y la amplitud mentales, y del espíritu científico como directrices del proceso; al ideal del respeto y la apreciación del talento, la preparación, el carácter y la excelencia en todos los campos del esfuerzo socialmente útil; a la obligación y al derecho al esfuerzo; a la supremacía del bien común; y, por último, a la obligación de informarse y proceder inteligentemente en la esfera de las cuestiones sociales.

El método de cultivar la lealtad del hombre libre debe estar en armonía con el espíritu de la democracia. Antes que nada, las lealtades que hemos mencionado deben encontrar expresión en el ambiente en que se realiza el proceso de aprender, en el manejo de la empresa educativa, en la atmósfera general y las relaciones sociales de la escuela, y en la conducta del maestro, tanto en la escuela como en la comunidad. El papel del maestro es sumamente importante puesto que éste, además de ser un técnico excelente, debe ser una persona que inspire el respeto, evoque el entusiasmo, y aun despierte el cariño de los alumnos. Si el maestro constantemente viola la lealtad democrática, si no tiene convicciones por las cuales esté dispuesto a luchar, si es tímido y vacilante en la presencia de personajes y grupos poderosos, él mismo no es un hombre libre y difícilmente puede ser eficaz en la tarea de levantar una generación de hombres libres. Aquí el ejemplo es tan importante como el precepto.

En segundo lugar, los fundamentos intelectuales de toda lealtad deben ser bien claros. El hombre que no tiene conocimiento de la fuente de su fe no es libre. El ciudadano de una democracia debe entender los propósitos a los cuales está dispuesto a entregar su vida.

El conocimiento necesario a todo hombre libre.

Se ha dicho que el saber es la clave de la libertad, y en efecto lo es, pues la puerta de la libertad no puede abrirse sin la llave del conocimiento. Las lealtades, por indispen-

sables que sean, no son suficientes. Sin el saber el hombre no puede ser libre, como lo demuestra la larga historia de la humanidad en que los hombres libres han perdido repetidas veces sus libertades simplemente por no conocer las consecuencias de las decisiones que hacían o aceptaban. La democracia, por lo tanto, más que cualquier otro sistema social, debe preocuparse por la ilustración del pueblo. De lo contrario perece.

Uno de los principales artículos de la fe democrática es que la mente humana es digna de confiarse y debe ser liberada. Con el conocimiento y el entendimiento encontramos el camino hacia la liberación de la mente. De aquí que la democracia deba consagrarse a la devoción sincera y sostenida del progreso y diseminación del conocimiento y el entendimiento. Esto significa antes que nada que el espíritu de investigación ha de ser cultivado celosamente, que las avenidas de la investigación deben mantenerse siempre abiertas, que no debe permitirse que los intereses creados ni los privilegios especiales obstaculicen este proceso, y que en el hombre debe cultivarse el respeto al veredicto del saber.

Como no todas las formas y clases de conocimientos sirven por igual la causa de la libertad política, el proceso de seleccionar el conocimiento pertinente, esto es, el conocimiento que contribuye a la defensa y realización de los valores, propósitos y lealtades de la sociedad de hombres libres, es de suma importancia y especialmente difícil. Tal selección no puede confiarse a los niños ni aun a un solo maestro. Puede hacerse sólo mediante el esfuerzo combinado de toda la profesión de la enseñanza con la cooperación de todos los sectores del público. La selección del conocimiento útil para la democracia debe hacerse en términos de las necesidades del hombre libre, necesidades que son más de intuición, entendimiento y perspectiva que de memorización de fechas o episodios de la historia, comprensión enciclopédica de la práctica social, o de simple familiaridad con un número vasto de sucesos de actualidad.

El hombre libre de hoy debe estar familiarizado con ciertas ramas importantes del pensamiento y conocimiento sociales. Debe conocer: la naturaleza del hombre en la so-

ciudad; la historia de la humanidad; la larga lucha para liberar la mente y civilizar el corazón humano; la naturaleza de la crisis actual; las debilidades de la democracia presente; las promesas, los métodos y realizaciones del movimiento totalitario, y los recursos, progresos y perspectivas de la democracia.

Impartir al joven tal conocimiento—cierto y preciso—es responsabilidad de la educación democrática. El programa esbozado aquí asigna a la escuela la más grave de las obligaciones morales, ya que le da la oportunidad de menoscabar o fortalecer el legado de la libertad humana. Si la escuela falta a esta responsabilidad, traicionará la fe de los fundadores de los grandes sistemas de educación pública y con ello ayudará a abrir las puertas de la invasión totalitaria en América.

Disciplina totalitaria y disciplina democrática.

La fe democrática se realiza y se mantiene en virtud de la disciplina del hombre libre. Sin disciplina la lealtad y el saber son ineficaces. Es en este campo, dicen los apóstoles de la dictadura contemporánea, donde ha de encontrarse el tendón de Aquiles de la sociedad libre. Es aquí, gritan los amigos de los despotismos de todas las edades, donde reside la debilidad fatal de la democracia. Para los campeones del autoritarismo, disciplina y libertad son términos contradictorios. Los partidarios de la democracia deben afrontar abiertamente este reto y percibir claramente que el problema de la disciplina es real e inescapable. La disciplina significa el uso eficiente de la fe y el conocimiento, la organización de la vida de acuerdo con el entendimiento y hacia la realización de un propósito. Envuelve la subordinación de lo inmediato a lo remoto, de lo presente a lo futuro, del bien menor al bien mayor. La disciplina jamás es indulgente; puede ser rigurosamente exigente, pero si asume esta forma severa, no es porque hay virtud en la severidad sino porque tal es la condición de todo progreso.

El papel de la disciplina tanto en la vida del individuo como en la de la sociedad es obvio, pero afirmar que toda sociedad, desde la más libre hasta la más despótica, requie-